

## EL LIDERAZGO DE JAPÓN

*Juan Guillermo Milia \**

Japón es un ejemplo para Asia que ha abierto el camino y ha sido seguido, más o menos conscientemente, con mayor o menor simpatía, por el resto de los países del continente. Pero no ejerce el liderazgo político que corresponde a una gran potencia. Dos razones principales pueden explicar a esta aparente falta de correlación entre un hecho y otro: los problemas de imagen y la propia alianza con Estados Unidos desde la posguerra.

Los problemas de imagen derivados de las críticas a Japón coartan fuertemente su actuación internacional. El recuerdo de las atrocidades cometidas por los soldados nipones durante la Guerra del Pacífico, sigue tan vivo en algunos países como al día siguiente de acabar el conflicto.

La Alianza de Japón con Estados Unidos ha provocado que restringiera sus propias ansias de liderazgo. Ha sido una de las situaciones de complementariedad mejores que se han podido dar entre dos países miembros de la Sociedad Internacional. Fue un matrimonio de intereses difícilmente disoluble aglutinado por los deseos japoneses de rehacerse económicamente de la guerra y por las apetencias americanas de dominio estratégico.

Mientras uno, aparentemente, ha llevado la batuta, el otro ha luchado calladamente por el objetivo que más le interesaba, el económico. Y aunque Japón no ha suprimido las iniciativas diplomáticas, como veremos más adelante, ha preferido evitar en la medida de lo posible aparecer como el promotor de un excesivo número de iniciativas políticas. Posiblemente las apariencias han engañado a los ojos occidentales.

---

\* Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina. [dptogeo@logos.uncu.edu.ar](mailto:dptogeo@logos.uncu.edu.ar)

## El paradigma de los gansos voladores

Durante el siglo XIX, el historiador británico Arnold Toynbee forjó la siguiente presunción: el epicentro de la civilización mundial se desplaza continuamente hacia el oeste. El eminente académico constataba una rotación desde Grecia a Roma, de Venecia y Génova hacia España y Holanda, luego hasta Inglaterra y de allí a la costa este de los Estados Unidos. La anticipación toynbeeana no incluyó otras etapas en cuyo curso un nuevo desplazamiento recentraría la dinámica mundial de crecimiento en el Pacífico, desde la costa oeste de California hasta Singapur y quizá más lejos.

A principios del siglo XX, John Hay, Secretario de Estado del Presidente Theodore Roosevelt, enunciaba, en idéntico sentido: "El Mediterráneo es el mar del pasado, el Atlántico es el océano del presente y el Pacífico el océano del futuro".

En los últimos 30 años diversos autores han afirmado que el "siglo XXI será el siglo del Pacífico". La historia económico-política mundial de los últimos siglos parece seguir la línea marcada por la inicial profecía, a pesar de que la crisis financiera de la región hace pensar a algunos que estamos al final de una "onda larga" favorable al Sudeste Asiático (SEA).

Se estaría iniciando entonces el "siglo del Pacífico". Esto plantea varias cuestiones. La primera es ubicar el epicentro del fenómeno. A lo largo de este trabajo nos centramos especialmente en el país que muchos presuponen núcleo central de dicho proceso, Japón.

Así se lo suele reconocer en Estados Unidos. El eje de la argumentación norteamericana consiste en plantear que la presente crisis del SEA sólo se resolverá cuando Japón, situado en el ojo del huracán, se decida a impulsar vías de salida (lo mismo le reclaman, por cierto, los países del Sudeste Asiático).

Del otro lado del mapa, China ve las cosas de manera similar. Su dirigencia parece dividida entre dos definiciones de Japón: están los que lo consideran un peligroso rival regional y aquéllos que lo identifican como una benéfica potencia mundial. Pero, por ambas vías, en China creen que será la activa participación japonesa la que mejor estimulará a las vapuleadas economías de la zona.

Por su parte, la Unión Europea reconoce desde hace décadas, como un principio estratégico mayor, que en el archipiélago nipón se estableció el centro de una nueva concepción y una nueva práctica de organización económica y

vida sociopolítica. El mismo Japón actúa en la zona como un auténtico líder económico regional, agregan.<sup>1</sup>

A juzgar por esta serie de teorías y vaticinios, de opiniones y testimonios, alrededor de dicho epicentro se dibujan una serie de círculos concéntricos, coincidentes con olas sucesivas de desarrollo económico.

La primera ocurrió en los años 60, cuando Japón fue capaz de duplicar (y más) su PNB gracias a su rápido crecimiento: este círculo se centraba en la inmensa conurbación que une a Tokio con Osaka y Kobe, territorio de unos 300 kilómetros de largo transformado en gigantesca usina productiva.

Durante los años 70 el nuevo círculo fue bastante más amplio que el primero. Incluía lo que se denominó primera generación de "tigres" o "dragones": Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán.

El tercer círculo surgió en los años 80, motorizado por los países agrupados en la ASEAN (Association of South East Asian Nations), creada en 1967 y que incluyó en su primera etapa a Indonesia, Tailandia, Malasia, Filipinas y Singapur. Sin embargo, su expansión recién empezó a producirse unos años más tarde. Por entonces se crearon: el foro APEC (Asia-Pacific Economic Cooperation) en 1989, la EAEC (East Asian Economic Caucus) en 1991 y la AFTA (Asian Free-Trade Area) en 1992.

Los años 90 muestran la aparición de un cuarto círculo en el que se incorporan Vietnam y Birmania (integrados en la ASEAN), la República Popular de China, Mongolia, además de territorios de una zona cada vez más extendida: Australia, Nueva Zelanda..

Muchos comentaristas sostienen que la primera década del siglo XXI será testigo de la inclusión de algunas zonas de América Latina, como quinto círculo de la misma onda expansiva.

La Cuenca del Pacífico constituye, sin lugar a duda, la zona del mundo con mayor crecimiento económico de conjunto. El progresivo acercamiento de varios países de América Latina a los centros más dinámicos de dicha región (Tal es el caso de Chile, México y crecientemente Brasil y Argentina) no hace sino intensificar la tendencia.

Idéntica evolución puede apreciarse en los intercambios comerciales. Desde 1983, el comercio transpacífico (desde Norte y Sur América a los países del SEA) es mayor que los intercambios transatlánticos (entre el continente

americano y el europeo, ambos en su conjunto). Esto incide en el creciente déficit comercial de las naciones “atlánticas” con respecto a las del Pacífico.

Si pasamos ahora a la producción industrial, veremos evoluciones en la misma dirección. En el período 1988-2000, el peso relativo de la producción manufacturera mundial desciende en América del Norte y en la Unión Europea, mientras que en el caso de Japón y los cuatro primeros “dragones”, se incrementa. Este crecimiento es mayor aún, obviamente, si se incluye al resto de los círculos ya descritos. De ello puede inferirse que el SEA domina ya las principales ramas industriales.

En la base de este avance productivo encontramos una intensa y amplia aplicación de las nuevas tecnologías. La cuenca del Pacífico (aquí centrada en Japón) se ha convertido en un importante vivero tecnológico a escala mundial. Varias de las mayores empresas del mundo, en lo que a esfuerzo tecnológico se refiere, son japonesas (Toshiba, Hitachi, Canon, Mitsubishi Electric, etc.). El complejo industrial-tecnológico japonés lleva la delantera a los norteamericanos y europeos en alta definición, componentes electrónicos sofisticados, nuevos materiales, robótica e incluso superordenadores. Los “tigres” han pasado en pocos años de imitadores a innovadores, como ponen de manifiesto los adelantos de las empresas taiwanesa, coreana, malaya, etc.

La región, finalmente, se ha transformado en una nueva potencia financiera, más allá y a pesar de la crisis que afectó a la región. Dentro de ella, Japón constituye un núcleo central a este respecto. Algunos de los primeros bancos comerciales del mundo son japoneses, aunque sobre varios se ciernen peligros de paralización. De cualquier forma, la proporción de yenes en las reservas mundiales sobrepasa al día de hoy las del “euro” de la UE. Las reservas de divisas taiwanesas superan a las de Francia. Desde hace década y media, Japón es el primer acreedor mundial. Según estimaciones razonables, sus activos netos en el extranjero superan a los que reunía Inglaterra en sus tiempos más gloriosos. Las inversiones directas niponas en el extranjero, que suponían un escaso 0,7 % del stock mundial en 1960, ahora superan el 20 %, o sea bastante más que el Reino Unido y el doble de la Alemania reunificada.

Además, Japón pasó a ser, por encima de los Estados Unidos y del conjunto de Europa el primer donante mundial de ayuda oficial para el desarrollo. Como en el caso del resto de países “donantes”, a menudo la cooperación no es más que un disfraz para interesantes negocios en mercados emergentes, cuando no ocasión de créditos “blandos” pero “atados” a adquisición de productos japoneses.

Este conjunto de cifras y ejemplos no pretende, como es obvio, ser exhaustivo. El objetivo de este trabajo se centra en Japón y sólo incluye al SEA en tanto que ilustración del efecto expansivo de la fuerza japonesa y de su papel descoyante en la región. Los datos consignados pretenden únicamente recordar que el primer factor que explica el acceso de la “cuenca del Pacífico” al puesto de centro económico del mundo es la intensa sinergia entre los procesos económicos nacionales de la zona.

En primer lugar, nos detendremos a destacar las sinergias que se dan entre los territorios. Los sectores de cada círculo se vinculan con el centro y entre ellos, por estrictas razones geográficas que surgen por la complementariedad entre producciones e intercambios.

Un fenómeno similar se presenta también entre factores específicamente productivos. Existe una intensa complementación entre la abundante disponibilidad de capital y un casi inagotable ejército de reserva industrial, entre materias primas y productos manufacturados, entre disponibilidad de suelo industrial y de medios de transporte.

Pero las sinergias, también se dan entre los factores políticos. (Aoki, K. y otro, 1997). Detengámonos especialmente en este tema de los factores políticos. En efecto, la formación de un “área del Pacífico” no se explica solamente como la confluencia de interdependencias comerciales o, más allá de lo estrictamente comercial, como creación de un sistema de intercambios basados en la vecindad territorial (según las teorías espacialistas de Paul Kruger y otros) o en la afinidad ideológica (esta vez según las teorías confucianistas de Paul Akamatsu y seguidores). Se explica también (y eso justifica la durabilidad del fenómeno, más allá de la crisis) por la progresiva difusión de algunos elementos claves del modelo japonés entre los países del área.

La primera característica específicamente “japonesa” de la estrategia de los países asiáticos, “tigres” o “dragones” de diferentes generaciones, es el carácter directamente político de la estrategia diseñada y de las condiciones de su aplicación.

En todos ellos, la estrategia de desarrollo fue fruto de un proyecto histórico de refundación nacional. Las estrategias nacionales se pusieron en marcha como cumplimiento de decisiones tomadas por las elites gubernamentales y “encargadas”, a efecto de su realización, a los aparatos administrativos estatales. El rol del gobierno ha sido, en consecuencia, decisivo. La cultura política de todos estos países se fue pareciendo a la japonesa, tanto en los casos en que existía previamente una tradición común (religiosa o filosófica) o fuera ésta inexistente.

Así, los Estados fueron dotando a cada nación con una ideología estable y convincente. A este procedimiento muchos le llaman “modelo político japonés”. Otros lo conocen más genéricamente como “Estado desarrollista”, expresión que fue explícitamente acuñada para el caso japonés. De todos modos, los dirigentes de Corea del Sur, Taiwán, Vietnam o Indonesia han extendido y adaptado el término inicial, definiendo ahora con él a sus propias sociedades. A través de una o de otra conceptualización, el predominio del Estado como líder del proyecto histórico nacional se transformó en opción constante de los países del SEA.

Las funciones que cumple el Estado sin duda varían de un círculo a otro de los países ribereños del Pacífico. Pero en todos los casos se produce, de manera similar, una estricta coordinación y regulación estatal.

El Estado es el planificador económico, el organizador de los tiempos y ritmos de la vida social, asegurando la fluidez de todo el sistema y la convergencia de diferentes tareas y dinamismos en un común propósito. No se limita a remplazar funcionalmente ni a suplir transitoriamente a una sociedad civil raquítica o a una economía escasamente emprendedora. Más bien constituye, positivamente, una fuerza decisiva para explicar el desarrollo de la sociedad civil (todavía muy incipiente) y el carácter del empresariado (más y más dinámico).

¡Qué lejos estamos de la exigencia de “desaparición” o “subordinación” del Estado al libre flujo económico, como condición sine qua non para el desarrollo sostenido! ¡Qué lejos del discurso neoliberal! Esto conviene mirarlo con detenimiento desde América Latina, cuyos países se hallan ideológicamente carcomidos por la (discutible) presuposición de un desarrollo apoyado en la pura iniciativa privada. La iniciativa privada resulta fundamental, pero los países del SEA la someten a la coordinación sistemática del Estado, garante último de la continuidad y corrección del proceso histórico. Las prédicas ultraliberales de los países del SEA a menudo no persiguen más que despistar al contrincante, norteamericano o europeo, y poder proseguir la marcha prefijada con mayor autonomía. En América Latina ¿por qué no pensar un nuevo estatismo desarrollista apoyado en la legitimidad de las urnas y en la representatividad directamente democrática?. (Silva, A., 2000:253)

La segunda característica “japonesa” de la reorganización de los países asiáticos es el carácter marcadamente “exportador” de sus estrategias económicas. El modelo de desarrollo económico de todos estos países se basa en la colocación del máximo de bienes y servicios en el mercado internacional.

Mucho más que en Europa y Estados Unidos, muchísimo más que en América Latina, la actividad exportadora constituye no solamente una estrategia de marketing (por más agresiva que se la conciba) sino el criterio de refundación del aparato económico en su totalidad, rediseñado en función de las necesidades estratégicas del mercado mundial.

En la medida de sus posibilidades, Chile orienta su estrategia económica en un sentido similar al japonés: exportista, diversificado, planteando igual "regionalismo abierto", interviniendo en el movimiento de capitales con un sentido global. Pero en el resto de países latinoamericanos sigue faltando mucha toma de conciencia sobre posibles soluciones provenientes del modelo japonés... y sobre las estrictas condiciones de aplicación que aseguran su éxito.

La tercera característica que podemos considerar "japonesa" de la estrategia de los países asiáticos es el establecimiento de un nuevo tipo de "contrato social" entre los actores colectivos. (Shijuro, O., 1993)

Difícilmente podremos entenderlo desde América Latina si sólo analizamos a las sociedades del SEA con la imagen de pirámides compuestas por una amplia y obediente base y una cúspide de escasos y autocráticos dirigentes. El pacto social de los países del SEA se sustenta en el establecimiento de una tupida red o tejido de interrelaciones, donde las lealtades se funden en la mutua satisfacción relativa de intereses.

El contrato social al que aquí se alude provoca suficiente satisfacción entre poblaciones que no saben entender de otra forma el proyecto histórico de la democracia y que, aquí también, se sitúan a una distancia sideral de las propuestas liberales.

La matriz creada, en el SEA, por estas cuatro oleadas sucesivas de crecimiento económico y de relativa transformación social bajo conducción estatal ha sido considerada, figurativamente hablando, como la consecuencia provocada por esa piedra que alguien tiró en un estanque y que provoca sucesivos círculos concéntricos.

Hay comentaristas que definen este mismo fenómeno utilizando otra imagen: la de una bandada de ocas, gansos o ánsares. Se pueden ver ocas surcando el cielo de Japón: todas tienen la misma forma de volar pero, cuando van en bandada, su formación es la de una escuadrilla. Con vuelo pausado, atraviesan el cielo en forma de V invertida, con el vértice hacia adelante y los lados del ángulo descendiendo ligeramente hacia atrás.

Del mismo modo se utiliza el símil para indicar que las naciones de esta región promovieron sucesivos procesos de industrialización siguiendo la orientación trazada por la sociedad pionera. (Okita, S., 1980)

### **La diplomacia japonesa en Asia.**

A partir de los llamados “Shocks de Nixon”<sup>2</sup> y, sobre todo desde la década de 1980, el creciente poderío económico de Japón y la cada vez mayor desconfianza hacia Estados Unidos han multiplicado las iniciativas autónomas de Tokio en política exterior así como los intentos de ejercer un mayor liderazgo y mejorar su posición en Asia.

La diplomacia económica se ha visto reflejada en la Ayuda Oficial al Desarrollo (ODA), que en la década del 90 llegó a sobrepasar a la de Estados Unidos, aunque después se ha reducido. Independientemente de la cantidad, quizás lo más destacable es la mentalidad de complementariedad que subyace en la concesión de esa ayuda entre las diversas organizaciones estatales en el exterior, como JETRO (Japan External Trade Office), el Banco de Tokio, el Japanese Export-Import Bank o la Japan International Cooperation Agency (JICA, dependiente del Ministerio de Exteriores).<sup>3</sup>

Respecto a las economías asiáticas en general, hay una diferencia fundamental de mentalidad frente a otros países donantes occidentales, a saber, que los japoneses consideran el auge de los países en vías de desarrollo como una oportunidad para el futuro y no como unos competidores en potencia. Japón ha estado interesado en el desarrollo de Asia por lo que percibe como interés propio: un mercado más rico generará unas mayores compras, aunque también mayor competencia en un principio.

Por último, la política de Japón en Asia también ha ido encaminada a la creación de organismos multilaterales que faciliten el desarrollo de sus objetivos, pero los resultados están muy lejanos aún. Al contrario que Europa, África, el Mundo Árabe o América, Asia ni tiene una organización propia para resolver los problemas internos ni ninguna de las que se crearon durante la Guerra Fría podría evolucionar en este sentido. Las razones son en buena medida geográficas: no hay una delimitación clara de los bordes del continente, Rusia es tan asiática como europea, China pesa excesivamente, el subcontinente indio es una subregión de carácter continental y los países árabes e islámicos del Asia Menor o el Asia Central, aunque son asiáticos, tienen escasas concomitancias culturales con el resto. Una organización regional liderada por Japón, por otra parte, no podría comenzar con un núcleo pequeño que se expandiera progresivamente como el caso de la Unión Europea; sus vecinos (Rusia, Corea -cualquiera de ellas- y China) nunca estarían dispuestos a formar

una alianza bilateral con Tokio y el marco para cualquier organización multilateral en la que Japón ejerza el liderazgo ha de abarcar el Sudeste de Asia.

El enfoque de Washington, además, no ha sido favorable al predominio de los contactos multilaterales en la región. Durante la Guerra Fría su estrategia ha estado basada en relaciones y acuerdos bilaterales con los países que le han servido de apoyo en su política en Asia (el propio Japón, Filipinas, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda o Tailandia) y hasta el final de la Administración Bush se veían a estos organismos multilaterales como plataformas en las que su influencia política se podría diluir.

Las dificultades de Japón para encontrar un marco por medio del cual ejercer un liderazgo más allá del económico son grandes, como hemos visto, pero por esta misma razón es necesario realzar la importancia de sus iniciativas para impulsar organismos multilaterales, en las que ha predominado el cálculo a largo plazo y la búsqueda de soluciones en las que participen también los posibles rivales.

La fundación de la APEC (Asia-Pacific Economic Cooperation) ha sido uno de los logros más importantes de la diplomacia japonesa. Se constituyó en 1989 como un foro consultivo, principalmente de carácter económico y dedicado a abrir las barreras al comercio mutuo entre las dos orillas del Pacífico. Su fundación se debe a Tokio; aunque Australia aparece como el país que lo impulsó. Japón consiguió el éxito de una iniciativa necesaria para la región, aunque seguramente habría sido rechazada si hubiera partido de Tokio.

Otro foro en cuyo nacimiento ha tenido Japón un papel fundamental ha sido el ASEAN Regional Forum o ARF, como lugar de encuentro para hablar de cuestiones de seguridad. Se compone de los miembros de la ASEAN con una serie de miembros observadores entre los que se incluyen las potencias con intereses estratégicos en la región, tales como la Unión Europea, Estados Unidos, Rusia, China, junto con otros países como Papúa Nueva Guinea, y se complementa con órganos consultivos como el CSCAP (Council for Security Cooperation in the Asia Pacific), uno al nivel de gobiernos y otro entre expertos, hombres de negocios y académicos.

El avance del foro de ARF es continuado: ha conseguido que China acepte discutir sobre el conflicto de las Spratly (las islas en el Mar de la China que reclaman seis países, en todo o en parte) dando alas a la posibilidad de una política de "compromiso constructivo" con Pekín e incluso se ha llegado a un acuerdo para solicitar a Estados Unidos que continúe su presencia en la región.

**El dilema exterior japonés: Liderazgo asiático o superpotencia mundial.**

No es un problema nuevo, desde el siglo XIX ambas tendencias han estado presentes en las relaciones hacia el exterior: mientras que Japón actuaba como una potencia imperialista más, siempre hubo sectores que apoyaron las luchas anticoloniales de los países asiáticos.

Se desea un liderazgo en Asia, pero se intenta conseguir igualmente una posición de superpotencia mundial, como puede demostrar la pugna por un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: no se descarta ninguna de las dos opciones. Ambos objetivos, no obstante, tienen un significado diferente para Tokio; mientras el liderazgo asiático les parece una opción al alcance de la mano, ser una de las superpotencias mundiales es el objetivo más anhelado.

Pero no está claro si, por mucho abarcar, Japón será capaz de apretar lo suficiente. En un futuro, Japón tendrá que decidir hacia qué opción dedica más recursos. Actualmente la prioridad está en ese liderazgo global y en esas relaciones con los Estados Unidos, pero desde hace algunos años el concepto del carácter nacional japonés está en una fase de evolución y dinámica.

Parece obvio prever que la política del futuro Japón se enfoque más hacia los vecinos asiáticos que hacia los Estados Unidos, pero las opciones están abiertas. Lo difícil ahora es saber hasta qué punto llegará el actual flujo pro-asiático o si éste se mantendrá y bajo qué condiciones. Pero, sobre todo, importa saber a qué estará dispuesto a renunciar Japón. (Rodao, F., 1998:73-85)

### **China y Japón: en busca de la supremacía regional.**

#### **Avisorar el pasado para develar el porvenir.**

El veintitrés de octubre de 1978 la República Popular China y el Japón normalizaron relaciones diplomáticas luego de un período de ruptura cuya etapa final se inicia en 1937 como consecuencia del inicio del ataque del ejército imperial japonés a territorio chino. Desde aquel entonces los dos países han recorrido un largo sendero de casi medio siglo que parece sumirlos nuevamente en la competencia por la supremacía regional recreando similares situaciones en el marco de una historia común que se extiende por más de dos mil años.

La incorporación de códigos culturales diversos y sistemas de ideas de origen chino (confucionismo, taoísmo, entre otras) o que fueran incorporados por esta cultura (el budismo) se mezclaron con los locales, así como los sistemas de organización gubernamental, la inventiva y “tecnología” china que enriqueció los niveles de desarrollo de una sociedad en sus primeros estadios de

evolución; dieron posterior forma a una nación culturalmente homogénea, disciplinada en los valores confucianos y confiada en sus propias capacidades antes que en las resultantes del aporte externo. En gran medida, fue la transferencia pacífica y no coercitiva de un sistema de valores ordenadores por parte de China, la que posibilitó el posterior surgimiento del Japón moderno.

Durante el siglo XIX, China y Japón recorrieron historias distintas como parte de una dialéctica relación que fue profundizando la distancia existente entre ambos Estados. China se vio progresivamente sumida en la decadencia política y económica, arrastrada por la renuencia de su clase dirigente a la aceptación de intentos de "modernización" que adecuaran las antiguas estructuras imperiales a la nueva dinámica económica y política mundial.

Por el contrario, respondiendo a los impulsos de la "modernidad" que primaban a mediados del siglo XIX, Japón inició, bajo la guía de los Meiji, la restauración modernizante (1868-1912) que a comienzos del siglo XX lo elevaría al rango de las principales potencias planetarias, producto de la primacía del espíritu de "occidentalización" por sobre el de "asianización".

China aún se debatía en sus luchas internas bajo un poder autocrático fragmentado que inhibía cualquier proceso modernizador. Sin embargo, como un "reflujo de la historia común", era ahora el "modelo japonés" de organización el horizonte a alcanzar por los reformistas chinos a comienzos del siglo XX.<sup>4</sup>

La historia posterior es conocida. A partir de la derrota de los ejércitos chinos en manos de las fuerzas japonesas en 1895,<sup>5</sup> se abre entre ambas naciones uno de los períodos más traumáticos de la historia común que se transformó en la primera fase de la posterior extensión del poder militar y económico del Japón en Asia.

Las ganancias territoriales del Japón sobre territorio chino y las modalidades que el comportamiento de los ejércitos imperiales mostraron durante medio siglo en el continente generaron efectos traumáticos que, hasta el día de hoy, subyacen en la sociedad china y sus dirigentes bajo la idea de que a la humillación provocada por Occidente se sumó la provocada por el Japón, sumiendo a China en la más profunda decadencia.

China vivió sumida en la derrota militar y política hasta 1945, agravada su situación incluso por la persistencia de la guerra civil entre el Partido Comunista Chino (PCCh) y el Partido Nacionalista (KMT) que estallara en 1927.

Posteriormente, el triunfo “revolucionario” del PCCh y la fundación de la República Popular China hicieron que se distanciara nuevamente, bajo el liderazgo de Mao Zedong, de las corrientes de modernización científicas, tecnológicas y económicas mundiales bajo la matriz que implicaba la “comprensión ideológica” de la lucha por la supremacía mundial entre “sistemas contrapuestos”, sumiéndose en la inestabilidad y el atraso económico.

Japón, por su parte, integró el diagrama Occidental de preservación de la seguridad internacional y el equilibrio de poder en el Extremo Oriente, lo que le permitió iniciar la transformación industrial, que luego de la derrota de 1945, lo colocó nuevamente entre las principales economías del mundo.

Más tarde, la ruptura de la alianza estratégica de China con la URSS y la progresiva desideologización de su política interna y externa evidenciada a partir de comienzos de la década del 70, y su apertura económica, allanaron el camino para el reinicio del diálogo bilateral que permitió la finalización de medio siglo de hostilidades.<sup>6</sup>

Japón y China buscan hoy nuevos cauces a su relación, la que sin dudas ha de definir el curso del equilibrio regional durante el siglo XXI, sin superar aún las desconfianzas históricas producto de una tempestuosa relación.

Consideramos que la evolución de las relaciones entre China y Japón será determinante del orden mundial del siglo venidero, en previsión tanto de los dilemas de seguridad que Japón enfrenta como ante el inexorable ascenso de China a los primeros planos del poder mundial.

### **Las percepciones históricas como condicionantes de la política exterior de China y Japón.**

Condicionados ambos por el juego estratégico que imponía la lógica de la guerra fría, jugaron en la “división internacional del poder” un papel definido. Mientras Japón aprovechaba el “paraguas defensivo” provisto por los Estados Unidos, China permanecía unida en una “alianza estratégica” con la URSS no exenta de fricciones y desacuerdos.

Si el campo de “pertenencia ideológica” los alejaba durante los años 50, a partir de comienzos de la década del 60 tanto China como Japón encontraron un punto de identificación común en el temor a la agresividad de la URSS y su potencial efecto desestabilizador en la región. La ruptura de la alianza estratégica China-URSS, tornó a China más flexible en relación a la posibilidad de restablecer relaciones diplomáticas con su antiguo enemigo, al mismo tiempo

que generó un vuelco en la política exterior china hacia una posición cercana a la de los Estados Unidos que derivó finalmente en la normalización de relaciones entre ambos países, en 1978.

De esta manera, se inicia una nueva etapa histórica en las relaciones bilaterales, pero siempre condicionada desde la óptica china bajo el axioma de que: “Es bueno mirar hacia adelante, pero sin olvidar el pasado”; quedando reflejada así la persistencia de la primacía del enfoque histórico que china continuaría aplicando en sus análisis sobre el comportamiento del Japón.

Las “imágenes prevalecientes” eran coincidentes tanto en China como en Japón: en tanto China promovía la imagen de un “Japón avasallador y sin reconocimiento de culpas”, peligroso para la paz en Asia, Japón operaba desde la presunción de la “amenaza china” como el principal desafío al equilibrio de poder en la región en el corto plazo. (Taylor, R., 1996: cap.6).

A comienzos de la década del 90 la cooperación económica pareció subsumir los conflictos y desconfianzas existentes. El inicio de un “período de mayor distensión” en la pendular relación bilateral se vio fortalecido por la visita del emperador Akihito a China en setiembre de 1993, pero culminó en 1995 cuando las pruebas nucleares subterráneas chinas implicaron la suspensión de la ayuda oficial otorgada por el gobierno del Japón. Ello condujo al reflotamiento, por parte de la República Popular, de las amenazas potenciales que implicaban las “formas renovadas de presión ligadas al sentimiento militarista y hegemónico que pervivía en el espíritu del gobierno japonés”.<sup>7</sup>

A partir de mediados de la década, la importancia de los aspectos económicos que guiaron la normalización de las relaciones bilaterales y la distensión observada en aquéllas perdieron primacía, para nuevamente adquirir relevancia aspectos relativos a las posibles amenazas a la seguridad por parte de ambos Estados. Japón entendía que los riesgos de una guerra global habían desaparecido en tanto se elevaban las probabilidades de un conflicto regional en Asia.<sup>8</sup>

En síntesis, luego de muchos años de ruptura, el entendimiento pareció imponerse hasta mediados de la presente década. A partir de entonces han vuelto a primar consideraciones de tipo económico y político. Estas, han adquirido renovado énfasis en los aspectos relativos a seguridad y defensa, los que hasta el presente afectan la relación bilateral y condicionan la evolución favorable de aquéllas en el largo plazo.

### **Aspectos que unen o separan a los dos gigantes del Asia Oriental**

China y Japón comparten similares percepciones respecto de la necesidad de preservar el equilibrio de poder en Asia, el que resulta funcional a un orden de paz y estabilidad que les permita afianzar sus respectivos niveles de influencia en la región.

Los divide, sin embargo, las distintas concepciones sobre sus respectivos roles en Asia y, por ende, la determinación de las “funciones” que tienen y han de tener en la conservación y construcción eventual de un nuevo orden regional de relaciones.

Los separa, además, la naturaleza de sus respectivas relaciones con los Estados Unidos. Parte de las imágenes que definen la política exterior de China en relación con el Japón, provienen de la lectura efectuada sobre sus “particulares relaciones” con los Estados Unidos.

Para China, Japón había modificado su postura de manera favorable a los intereses norteamericanos, y si bien aún mantenía problemas de agenda económica con los Estados Unidos, significaba que ya no discutía la necesidad de mantener o no tropas americanas en su territorio. Los acuerdos alcanzados implicaban además la modificación cualitativa del instrumento militar defensivo, aceptando por ende el criterio de que para los Estados Unidos, ante el surgimiento de posibles conflictos militares regionales de baja intensidad, el peso de la intervención debería recaer en los aliados locales.<sup>9</sup>

Aún así, Japón y China encuentran coincidencias en la positiva “función estabilizadora” que el poder militar de los Estados Unidos ejerce en la región.

Entre los campos de conflicto, puede agregarse además la percepción existente en el Japón respecto de la “naturaleza del poder chino” y su rol en la región. El Japón percibe que China lo considera como un país que debe ser aún penalizado. Para el Japón, sus temores sobre una “agresiva China” se ven incentivados por el hecho de que se sienta geográficamente rodeado de poderes a los que considera enemigos potenciales, como es el caso de la Federación Rusa, China y una Corea reunificada. Contrariamente a esta perspectiva, China teme la pervivencia de la “derecha militarista” en Japón, que sólo espera el “tiempo histórico adecuado” para hacer valer nuevamente su peso político; esta derecha es la que alimenta principalmente la idea de la “amenaza china” a nivel de la clase política dirigente del país.

Finalmente, separa a China y Japón la futura definición del “liderazgo regional”. Japón considera improbable que China modifique su predisposición para considerarse “el líder natural de Asia”. Los países asiáticos en su mayoría

rechazan el pretendido “liderazgo global americano” (de los Estados Unidos), pero todavía no aceptan la alternativa del liderazgo japonés o el de china, sin desconocer que ambos cumplen un rol prominente en la orientación de ideas y procesos regionales.<sup>10</sup>

Para el Japón, China “indefectiblemente” deseará ejercer su hegemonía en la región con el consiguiente deseo de que el Japón “alineé” (¿subordine?) sus intereses con los propios.

Los une, por último, la comprensión de la necesidad de desarrollar la mutua cooperación económica. Históricamente para el Japón el mercado chino ha sido determinante para la supervivencia de un gran número de sus industrias tanto en términos de provisión de bienes y servicios, como desde el punto de vista de la obtención de recursos naturales y materias primas de las cuales el Japón carece. China y Japón han expandido las corrientes comerciales, financieras y de inversión durante las dos últimas décadas. Japón es el tercer inversor externo en el continente y se ha transformado en el cuarto socio comercial de China. Para China, Japón es la fuente de capitales de inversión, tecnologías y management esenciales para modernizar su economía y sostener altas tasas de crecimiento. Desde mediados de la década del 90, sin embargo, el resurgimiento de mutuas desconfianzas, afectó los niveles de cooperación económica los que, de todas maneras compensan en gran medida las carencias de interlocución existentes a nivel político. (Cesarin, S.M., 1998: cap. 5°)

### **¿Cooperación o conflicto en el siglo XXI?**

Asia nos muestra un mapa de paz en la superficie; cruzada sin embargo por antagonismos históricos profundos entre China y Japón. En consecuencia, puede resultar el área del planeta que suma al sistema internacional en una etapa de inestabilidad duradera durante el siglo que se inicia. Aun los caminos de la cooperación o el conflicto están abiertos y el dilema se impone en el largo plazo. Sólo parece previsible que la relación entre ambos Estados definirá el orden de poder y el equilibrio regional en Asia, así como sin duda las concordancia o asintonía de sus intereses impactará sobre el orden mundial del nuevo siglo.

Es probable que China emerja como un poder de indiscutida primacía en Asia en el siglo XXI, con renovada fortaleza política, económica y militar aun cuando el escenario interno presente desafíos todavía irresueltos respecto a su integridad territorial y orden social. En la determinación de su comportamiento externo subyace el deseo de construir un mundo multipolar y más igualitario y ejercer influencia creciente sobre los Estados de menor poder relativo; objetivos similares a los del Japón.

La creciente integración económica en la denominada Área Económica China (AEC), compuesta por China Continental, Taiwan y Hong Kong, implicará el surgimiento del que hoy representa "el tercer polo de la economía mundial", dados sus niveles de reservas monetarias, la dinámica de sus comercio exterior y el stock de inversiones con que cuenta. En este contexto los dilemas económicos por los que atraviesa el Japón podrían ser demostrativos de su "progresiva caída", al mismo tiempo que China está en una fase de ascenso. La percepción sobre esta pérdida relativa de poder económico en Asia a manos de China, por parte de la dirigencia japonesa, condiciona también la sustentabilidad en el futuro del Japón e impregna las imágenes de la relación de poder en Asia en el siglo XXI.

Japón, sin embargo, no es sólo un "superpoder económico" desde el punto de vista asiático, sino fundamentalmente un modelo exitoso de desarrollo económico contrapuesto al modelo de "capitalismo anglosajón". Primer donante de ayuda oficial para el desarrollo en Asia, generador del endógeno proceso de industrialización asiático bajo la consigna de la "difusión de los beneficios del desarrollo". Japón es, además, un ejemplo de la armonía exitosa entre gobierno y empresarios que es observado con atención por China.<sup>11</sup>

Japón parece enfrentar, en los albores del nuevo siglo, desafíos múltiples que condicionan su voluntad como "gigante económico con deseos de conciliar este status con el de gigante político". Alteraciones en su economía, inmovilismo político, reflejo de la crisis en sus "sistemas de lealtades" (empresarial, política, etc.), vulnerabilidades manifiestas en su seguridad exterior como consecuencia de la falta de resolución definitiva de sus relaciones con China. A ello, se agrega, el debate interno, aún sin zanjar sobre el campo de "nuevas responsabilidades" a asumir (o no) a nivel global. Estos son parte del espectro de problemas sobre los cuales Japón debe resolver.

Una perspectiva de largo plazo permite suponer, quizá, un escenario regional de "poder tripolar" formado por Japón, China y los Estados Unidos en el que las diferencias se subsuman.

Pero en tanto el Japón persista en considerar inexorable el deterioro de la situación política en Asia, justificará la modernización de su aparato militar para no quedar desguarnecido frente a posibles ataques.<sup>12</sup>

Quizá, la acción exterior del Japón se oriente teniendo en cuenta la creciente inestabilidad interna en China. Los dilemas que enfrenta China en torno a la sustentabilidad de su proceso de crecimiento económico bien pueden ser los principales inhibidores de un comportamiento hostil en la región. Si bien

el debate interno en el Japón comprende desde posiciones cercanas al "determinismo agresivo de China" en el largo plazo y la amenaza directa sobre el Japón, hasta aquellas que sostienen la idea de una China pacífica en el siglo XXI. En ambos casos parece existir consenso en torno a que tanto en uno u otro sentido será determinante la relativa debilidad interna de China y el impacto que sus conflictos internos tendrán sobre su política exterior. (Sato, H., 1998: v. 2, n° 1)

Asimismo, como dato alentador, debe tenerse presente la existencia de mecanismos de seguridad en Asia los que actuarán como reaseguro de la evolución favorable de la relación entre ambos poderes y servirá para aventar el surgimiento de potenciales conflictos.

Tampoco podemos descartar la posibilidad de que una China más democrática surja como consecuencia de los cambios producidos durante las próximas décadas. Una China más abierta al mundo significaría, sin duda, menores probabilidades de enfrentamiento así como otorgaría facilidades adicionales tendientes a la armonización de los intereses entre ambos Estados.

Sin embargo, los cambios producidos en el escenario internacional alientan en el corto plazo la profundización de las tendencias hacia la cooperación por sobre las del conflicto. Es evidente que la creciente cooperación económica y la multiplicación de los ámbitos de diálogos y negociación compartidos, por ejemplo, en el Consejo de Cooperación del Pacífico (APEC) sobre aspectos económicos y en el Asean Regional Forum (ARF) de la ASEAN sobre temas relativos a seguridad regional, orientan la acción externa de China y Japón en sentido positivo, posibilitando la expresión de los disensos y la convergencia de intereses. (Iriye, A., 1992: cap. 1)

La última alternativa de relación chino-japonesa sería la de una mancomunidad económica y política que arrastraría a todo el oriente de Asia. Esta, sin duda, es la visión de pesadilla de los analistas norteamericanos, al menos de aquellos que creen que su hegemonía es parte de un destino manifiesto que debe ser plasmado de cualquier forma. El más incansable exponente de esta teoría fue el líder político de Singapur, Lee Kuah Yew, un chino de la diáspora que probablemente tenía mejores contactos con los nipones que con sus connacionales de la República Popular.<sup>13</sup>

Para la Argentina, en este sentido, sólo resta observar la evolución de la situación maximizando su capacidad de comprensión, en el espíritu que brinda el reconocimiento de su escasa capacidad para influir en dichos procesos. Sin embargo, ello no implica negar la posibilidad de plantear escenarios alternativos que le posibiliten brindar respuestas políticas efectivas ante el

probable cambio de la ecuación de poder en Asia más allá del año 2000. (Cesarin, S., 1998: cap. 5)

### Conclusión

#### **Propuesta de un rol geoestratégico para Japón: Líder global como garante de la paz y del desarrollo económico mundial.**

La evolución de las relaciones entre los Estados Unidos y Japón es, por lo tanto, clave para el futuro geopolítico de China.

Desde el fin de la guerra civil china en 1949, la política estadounidense en el Lejano Oriente se ha basado en Japón. En principio Japón era tan sólo el emplazamiento de la ocupación militar norteamericana, pero desde entonces se ha convertido en la base de la presencia político-militar estadounidense en la región de Asia-Pacífico y en un aliado global de los Estados Unidos de importancia fundamental, aunque también en un protectorado de seguridad. La creciente importancia de China, sin embargo, lleva a preguntarse si la estrecha relación entre los Estados Unidos y Japón puede mantenerse en el cambiante contexto regional y, en caso afirmativo, con qué fin. El papel de Japón en una alianza contra China sería claro; pero ¿cuál sería el papel de Japón si el ascenso chino se tuviera que tolerar de alguna manera, pese a que supusiera la reducción de la primacía estadounidense en la región?

Por razones históricas y de autoestima, Japón no es un país totalmente satisfecho con el statu quo global. Siente, con algo de razón, que merece ser formalmente reconocido como potencia global, pero también es consciente que la dependencia en materia de seguridad con respecto a los Estados Unidos, útil para la región (y tranquilizadora para los vecinos asiáticos) impide ese reconocimiento.

Además, el creciente poder chino en el continente asiático, junto a la perspectiva de que su influencia pueda extenderse pronto a las regiones marítimas económicamente importantes para Japón, intensifica los sentimientos ambivalentes japoneses sobre el futuro geopolítico de su país.

Algunos japoneses pueden sentir también que la emergencia de una China más poderosa tiene el oportuno efecto de aumentar la importancia de Japón para los Estados Unidos, al reducirse la supremacía de éstos en la región. Por otro lado, para muchos japoneses China es el rival tradicional, un antiguo enemigo y una amenaza potencial a la estabilidad de la región. Eso hace que los vínculos de seguridad con los Estados Unidos sean más importantes que nunca.

Aunque está en Asia, Japón no se siente cómodo en Asia, lo que limita mucho sus opciones geoestratégicas. Una opción genuinamente regional, la de un Japón preponderante a nivel regional que eclipsara a China -aun si no estuviera basada en la dominación japonesa sino en un sistema de cooperación regional benévolamente liderado por Japón- no parece viable por sólidas razones históricas, políticas y culturales. Además, Japón sigue dependiendo de la protección militar y del patrocinio internacional de los Estados Unidos. La abrogación -o incluso la neutralización gradual- del tratado de seguridad Estados Unidos-Japón volvería a Japón inmediatamente vulnerable a los trastornos que cualquier manifestación seria de malestar regional o global pudiera producir. Las únicas alternativas, por lo tanto, serían las de o bien aceptar el predominio chino en la región o bien emprender un programa masivo -no sólo costoso sino también muy peligroso- de rearme militar.

La actual situación de Japón -al mismo tiempo una potencia cuasiglobal y un protectorado de seguridad- es anómala. Pero no existen unas alternativas evidentes, claras y viables al orden actual. Puede decirse que las metas nacionales chinas están razonablemente claras y que el empuje regional de las ambiciones geopolíticas chinas es relativamente predecible. En cambio, la concepción geoestratégica de Japón tiende a ser relativamente borrosa y la actitud del pueblo japonés es mucho más ambigua.

¿Puede Japón convertirse en una potencia regional en una región donde todavía sigue siendo objeto de resentimientos y en la que China está emergiendo como la potencia preeminente? Sin embargo, ¿tendría Japón sencillamente que aceptar que China desempeñara ese papel? ¿Puede Japón convertirse en una potencia global realmente importante (en todas sus dimensiones) sin arriesgarse a perder el apoyo estadounidense y a galvanizar aún más la animosidad regional?

La élite política japonesa siente que un Japón rico y económicamente involucrado en el mundo no puede seguir haciendo del autoenriquecimiento su objetivo nacional principal sin despertar resentimientos a nivel internacional. Además, un Japón económicamente poderoso, especialmente si compite con los Estados Unidos, no puede ser sólo una extensión de la política exterior estadounidense y al mismo tiempo evitar toda responsabilidad política internacional. Un Japón políticamente más influyente, especialmente si busca el reconocimiento internacional (por ejemplo, obtener un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU), no puede evitar tomar posiciones sobre las cuestiones geopolíticas y de seguridad clave que afectan a la paz mundial.

Las orientaciones principales, en cuanto a la geoestrategia japonesa, que predominan en la opinión pública del archipiélago nipón, coinciden en que cultivar con cuidado la relación con China es claramente preferible a cualquier intento liderado por los Estados Unidos de contener directamente a su gigantesco vecino. De hecho, la idea de apoyar una estrategia estadounidense para contener a China, o incluso la idea de formar una coalición equilibradora informal confinada a los Estados isleños de Taiwán, las Filipinas, Brunei e Indonesia, apoyados por Japón y los Estados Unidos, no es demasiado atractiva para el establishment de la política exterior japonesa. Desde el punto de vista de Japón, cualquier intento en esa dirección requeriría no sólo una presencia militar estadounidense más importante y de duración indefinida en Japón y en Corea sino -al crear un peligroso solapamiento geopolítico entre los intereses regionales chinos y los estadounidenses-japoneses- podría impulsar una peligrosa colisión con China.<sup>14</sup> El resultado sería el de dificultar la evolución de la emancipación de Japón y amenazar el bienestar económico del Lejano Oriente.

Por la misma razón, pocos están a favor de lo contrario: de un arreglo importante entre Japón y China. Las consecuencias para la región de una inversión de alianzas clásica semejante serían demasiado desestabilizadoras: la retirada estadounidense de la región y la rápida subordinación de Taiwán y Corea a China, quedando Japón a merced de la República Popular. Ésta no es una perspectiva atractiva, salvo quizás para unos pocos extremistas. Con Rusia marginada nivel geopolítico e históricamente despreciada, no hay por lo tanto, ninguna alternativa a la del consenso básico de que el vínculo con los Estados Unidos sigue siendo la principal cuerda de salvamento de Japón. Sin él, Japón no puede ni asegurarse un aprovisionamiento regular de petróleo ni protegerse de un ataque nuclear chino (y pronto, quizá, tampoco de un ataque nuclear coreano). La única cuestión política real es la de cómo manipular mejor la conexión estadounidense para favorecer los intereses japoneses.

Japón teme que el ascenso de China y la preocupación que tal ascenso provoca en los norteamericanos, pueda en algún momento del futuro acabar imponiendo a Japón una elección inaceptable: la de posicionarse con los Estados Unidos contra China o sin los Estados Unidos y aliado a China.

Para Japón, ese dilema fundamental contiene también un imperativo histórico: dado que el convertirse en una potencia dominante a nivel regional no es una meta viable y dado que, sin una base regional, la consecución de un poder global verdaderamente extenso no es un objetivo realista, de ello se sigue que Japón puede alcanzar más fácilmente el estatus de líder global a través de una participación activa en el mantenimiento de la paz y en el desarrollo económico mundiales. La meta giraría, entonces, en servirse de la alianza

militar con los Estados Unidos para asegurar la estabilidad del Lejano Oriente; pero a la vez sin permitir que tal alianza se convierta en una coalición antichina. De esta forma Japón puede diseñar sin problemas una misión global propia e influyente en el papel de potencia promotora del establecimiento de una cooperación internacional más efectiva, con lo que la energía japonesa se encaminaría hacia una dirección internacional y el poder chino derivaría hacia un liderazgo regional. (Brzezinski, Z., 1998: cap. 6)

## Notas

1. Algunas evidencias de esta posición europea se hallan en las declaraciones producidas tras las reuniones del Comité Asia-Europa, como así también en los documentos recientes de la Comisión Europea, a través de las Direcciones que se ocupan específicamente del tema. Ver, por ejemplo: "European Union-Asia. Partnership Guidelines", Bruxelles, European Commission, 1997.
2. El presidente de Estados Unidos tomó varias iniciativas para aislar a la Unión Soviética sobre las que no se informó a Japón con anterioridad, a pesar de ser un aliado. La principal de ellas fue el establecimiento de relaciones con la China Popular, un movimiento con el que Japón no estaba en desacuerdo (pronto siguió el camino de Washington), pero que le hizo comprender la escasa confianza mutua y amistad entre los dos países: Estados Unidos había demostrado fehacientemente que buscaba sólo sus propios intereses.
3. Para ampliar este tema, ver: GARCÍA-GRÜTER, Ángeles. "Política de Ayuda al Desarrollo y la Seguridad Nacional en Japón". En: RODAO, Florentino y LÓPEZ SANTOS, Antonio (Eds.). "El Japón contemporáneo". Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998, p. 89-102.
4. Sobre el particular, se puede consultar: FRANKE, Herbert y TRAUZETTEL, Rolf. "El imperio chino", v. 19, Ed. Siglo Veintiuno, capítulos 10 y 11.
5. En 1895, China sufrió una derrota más humillante aún que las infligidas por los occidentales, durante las llamadas Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860); ésta fue la sufrida a manos de Japón -un ex Estado dependiente- que le implicó la pérdida de parte de la península de Corea y la isla de Taiwan.
6. El proceso de modernización económica y política de China, coincide con la muerte de Mao y la toma del poder por parte de una facción del PCCH "modernizante" en lo económico y menos ideologizada.
7. Se puede ampliar sobre esto en TANAKA, Akihiro. "Japan's international Agenda". Nueva York, Yoichi Funabashi Edit., Nueva York University, 1994, primera parte.

8. Ver al respecto: “**Japan white Paper**”, The Japan Times Editors, Tokyo, 1994, Part. 1.
9. Las negociaciones entre Japón y Estados Unidos derivaron en una serie de iniciativas que contemplaron la definición sobre qué podrá hacer y qué no podrá hacer Japón frente a un conflicto militar en Asia. A partir de estas medidas, se espera que el Japón cuente con mayor libertad para hacer frente a un potencial conflicto en la región, pudiendo operar bajo el principio de “defensa propia”, al que no renunció en la Constitución de 1947.
10. “**Asia’s global powers, China-Japan, East Asia Analytical Unit**”, Australia Government, 1996. En este trabajo se puede hallar un prolijo análisis de la evolución probable de las relaciones bilaterales entre China y Japón.
11. Japón es uno de los “modelos preferidos” de desarrollo económico analizados por el primer ministro chino Zhu Rongji, dada la sabia adaptación entre una “moderada autocracia política” en capacidad de desarrollar un “capitalismo de Estado”, junto a la utilización de instrumentos de mercado que han dado positivos resultados económicos.
12. El vigoroso rearmamentismo chino iniciado en 1989, así como sus reclamos de soberanía sobre diversas islas del mar de China -alguna de ellas pretendida también por Japón- ponen una nota de tensión en las relaciones. Aparentemente, un acción militar china contra Japón sería un simple paseo: el ejército japonés, de acuerdo a las disposiciones de la constitución redactada por el general Mac Arhur, sólo puede contar con 250.000 soldados dotados de armamento defensivo. La realidad es muy otra: se trata de una fuerza de primera magnitud por su grado de entrenamiento y su nivel tecnológico, que podría transformarse en forma casi inmediata en un temible ejército moderno; téngase además en cuenta que siguen asentados en Japón unos 50.000 soldados norteamericanos de élite.
13. Sobre este tema, es valiosa la consulta de: ZAKARIA, Fareed: “A Conversation with Lee Kuan Yew”, en Foreign Affairs 73, N° 2, de marzo de 1994.
14. Algunos japoneses conservadores han sido tentados por la idea de establecer un vínculo especial Japón-Taiwan y en 1996 se creó una “Asociación de Parlamentarios Japón-Taiwan” para promover ese objetivo. La reacción china ha sido, como era previsible, hostil.

## **Bibliografía**

- AOKI, Kim y OKUNO-FUJIWARA, ed. “**The Role of Government in East Asian Economic Development**”, Oxford, Clarendon Press, 1997.
- BRZEZINSKI, Zbigniew. “**El gran tablero mundial**”. Barcelona, Paidós, 1998, capítulo 6.

CERVERA, Manuel. **"Globalización japonesa. Lecciones Para América Latina"**, México, D.F., Siglo Veintiuno Editores S.A., 1996.

CESARIN, Sergio M.: "China y Japón: La primacía de las perspectivas históricas en el futuro de las relaciones bilaterales". En: DI TELLA, Torcuato S. y HOSONO, Akio (comp.): **"Japón/América Latina. La construcción de un vínculo"**. Buenos Aires, Nuevo Hacer GEL, 1998.

DI TELLA, Guido y HONOSO, Akio (comp.). **"Japón/América Latina. La construcción de un vínculo"**. Buenos Aires, Instituto del Servicio Exterior de la Nación, GEL, 1998.

FICHET, Gérard. **"Las economías asiáticas emergentes: treinta años de dinamismo exportador"**. Santiago de Chile, Naciones Unidas, CEPAL, 1997.  
HIROSHI, Tanabé y LACOSTE, Ives. "Japón". En: **Geopolítica**, n° 62, a. XXII, Buenos Aires, 1997, p.46-62.

**"Introducción a Japón"**. Instituto de Japonología. Madrid, c/Boix y Morer, 3, 1° C28003, 1996.

IRIYE, Akira. **"China and Japan in the global setting"**, Londres, Harvard University Press, cap. 1, 1992.

LOYOZA, Jorge y PALMA, Víctor. "Japón: 1946-1999: el camino de la opulencia". En: **Cuadernos de Política Internacional**, n° 51, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos.

MONETA, Juan Carlos y NOTO, Gerardo. **"Dragones, Tigres y Jaguares"**. Buenos Aires, IRIAP, 1998.

OKITA, Saburo. **"The developing economics and Japan"**, Tokyo, Universite of Tokyo Press, 1980.

PEREZ LLANA, Carlos. **"El regreso de la historia. La política internacional durante la posguerra fría 1989-1997"**. Barcelona, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés.

RODAO, Florentino y LÓPEZ SANTOS, Antonio (Eds.). **"El Japón contemporáneo"**, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.

RODAO, Florentino. **"Japón ante el auge asiático"**. En: RODAO, Florentino y LÓPEZ SANTOS, Antonio (Eds.), op. cit., ps.73-85.

SAKAIYA, Taichi. “¿Qué es Japón. Contradicciones y transformaciones”. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello S.A., 1995.

SATO, Hideo. “Japan’s China perceptions and its policy in the alliance with the United States”. En: **Journal of International Political Economy**, vol. 2, n° 1, marzo 1998.

SILVA, Alberto. “La invención de Japón”. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.

SHIJURO Ogeta. “Capitalism and the Role of the State in Economic Development”. En: HUNTINGTON, Samuel y otros. “**Democracy and Capitalism. Asia and American Perspectives**”, Singapur, Institute of South Asian Studies.

STALLINGS, Bárbara y SZÉKELY, Gabriel (comp.). “**Japón, los Estados Unidos y la América Latina. ¿Hacia una relación trilateral en el hemisferio occidental**”. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1994.

TAYLOR, Robert. “**Creater China and Japan, prospects for an economic partnership in East Asia**”, Londres, Rutledge Editors, 1996, cap. 6.

VALDIVIESO, Patricio. “El sistema político japonés ensayo de aproximación al tema”. En: **Diplomacia**, n° 73, Santiago de Chile, 1997.

YAMAMOTO, Manabu. “Reflexiones sobre el rol del Japón en el mundo de la posguerra fría”. En: **Revista de Relaciones Internacionales**, a. 3, n° 4, Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata, 1993.

## Resumen

Desde la década de 1980, el creciente poderío económico de Japón y la cada vez mayor desconfianza hacia Estados Unidos han multiplicado las iniciativas autónomas de Tokio en política exterior así como los intentos de ejercer un mayor liderazgo y mejorar su posición en Asia. Ambos objetivos, no obstante, tienen un significado diferente para Japón, mientras el liderazgo asiático les parece una opción al alcance de la mano, ser una de las superpotencias mundiales es el objetivo más anhelado. Pareciera obvio, sin embargo, preveer que la política futura de Japón habría de encaminarse prevalentemente hacia sus vecinos asiáticos, pero las opciones están abiertas y esto es lo que se trata de dilucidar en el presente trabajo. Consideramos, asimismo, que la evolución de las relaciones entre los dos gigantes de la región, China y Japón, será condicionante del orden mundial del siglo venidero, tanto en lo que hace a los dilemas de seguridad como ante el

inexorable ascenso económico de China. En rigor, Asia muestra un mapa de paz en la superficie, pero los profundos antagonismos históricos de ambas potencias, pueden transformar esa área del planeta en una etapa de inestabilidad duradera en el siglo XXI. Del análisis planteado surge que el convertirse en una potencia dominante a nivel regional no parece una meta viable para Japón, y dado que sin ese sustento regional la consecución de un poder global no es un objetivo realista, se expone como tesis la posibilidad de que aquél alcance el estatus de líder mundial como sostenedor de la paz y el desarrollo económico global. Con ello la energía japonesa se encaminaría hacia una dirección internacional y el poder chino derivaría hacia un liderazgo regional.

Palabras claves: Japón – Sudeste Asiático – China – Liderazgo – Supremacía regional – Potencia mundial.

#### Abstract

Since the 1980's, Japan's increasing economic power together with a growing lack of confidence toward the United States have intensified not only Tokio's autonomous initiatives in terms of foreign policy, but also its attempts to exert greater leadership and to improve its positioning in Southeast Asia. Each one of these two goals, however, has a different meaning for Japan: while leadership in Asia appears to be an easy to reach option, the most expected objective is to become one of the world's super powers. Never the less, it would seem obvious to foresee that Japan's future policy shall be headed mostly into the direction of its Asian neighbours, but other options are open to choice, and this is what this paper tries to elucidate. At the same time, it is believed that progress in bilateral relations between the two Asian giants, China and Japan, shall be conditioning the next century's world order, both in terms of security and in view of China's growing economic significance. In fact, Asia shows a picture of peace on the surface, but the deep historic antagonisms between the two powers may transform the area into a stage for lasting instability in the XXIst century. Out of this paper's analysis, it is concluded that for Japan to become a dominant power in the region does not seem to be its viable goal, and since without regional support the achievement of global power is not a realistic objective, the proposal is laid out here for the possibility of Japan's reaching the status of world leader as the supporter of peace and global economic development. In such a situation, Japan's vigour would aim at the international scene whereas Chinese power would be focused on regional leadership.

Key words: Japan – Southeast Asia – China – leadership – regional supremacy – world power.

### Résumé

Depuis la décennie de 1980, la croissante puissance économique du Japon et la méfiance grandissante envers les E.E.U.U., ont multiplié les initiatives autonomes de Tokio en politique extérieure, de même que les intentions d'exercer une plus grande hégémonie et d'améliorer sa position en Asie. Ces objectifs, non obstant, ont une signification différente pour le Japon, tandis que l'hégémonie asiatique leur semble une option à la portée de la main; devenir une des grandes puissances mondiales est l'objectif le plus souhaité. Il semble évident, malgré tout, de prévoir que la future politique du Japon devrait s'acheminer de préférence vers ses voisins asiatiques, mais les options sont ouvertes et c'est celui-là le véritable but d'éclaircir de ce travail. Nous considérons, de même, que l'évolution des relations entre les deux géants de la région, Chine et Japon, sera le facteur de conditionnement de l'ordre mondial du siècle à venir, tantôt en ce qui concerne les dilemmes de sécurité tantôt face à l'inexorable croissance économique de la Chine. A la rigueur, l'Asie montre une carte de paix en surface, mais les profonds antagonismes historiques des deux puissances, peuvent transformer cette aire de la planète en une étape peu stable et de longue durée pendant le XXI<sup>e</sup>. siècle. De cette analyse posée on déduit que le fait de devenir une puissance dominante à niveau régional ne semble pas un but viable pour le Japon, étant donné que sans cette sustentation régionale la consécration d'un pouvoir global n'est pas un objectif réaliste, il expose comme thèse la possibilité de ce que celui-là atteigne le statut de leader mondial comme souteneur de la paix et du développement économique global. Avec cela l'énergie japonaise s'acheminerait vers une direction internationale et le pouvoir chinois dériverait en une hégémonie régionale.

Mots clés: Japon - Sud-Est Asiatique – Chine – Hégémonie - Suprématie régionale - Puissance mondiale.